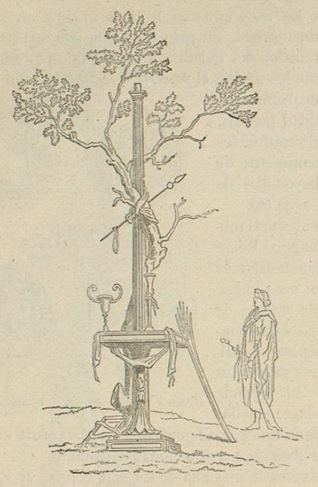
que habían acudido á ellas con sus padres. Para castigar este ultraje, no se pusieron de acuerdo los ofendidos, y los ceninenses que fueron los primeros en venir en son de guerra contra los romanos, fueron derrotados por ellos. Rómulo dió muerte á su rey Acrón y consagró sus armas, como



Ofrenda ante un árbol sagrado (1)

ópimos despojos, á Júpiter Feretrio. Los crustuminios y los antemnates tuvieron la misma suerte y perdieron sus tierras. Pero los sabinos de Cures, conducidos por su rey Tacio, penetraron hasta el monte Capitolino y se apoderaron, por la traición de Tarpeya, de la ciudadela que Rómulo había construído en una de las dos cimas de esta colina, en cuya otra cumbre se erigió después el templo de Júpiter. Para abrir las puertas á los sabinos, hubo de preguntarles Tarpeya qué llevaban en el brazo izquierdo: eran brazaletes de oro. Pero en este brazo llevaban también sus escudos. Al entrar le arrojaron los brazaletes y quedó sofocada bajo su peso. Mucho tiempo creyó el pueblo que en el fondo de las oscuras galerías abiertas en el monte Capitolino, vivía la hermosa Tarpeya sentada en medio de sus tesoros, pero que todos los que intentaban penetrar hasta ella, estaban infaliblemente perdidos (3).

Tarpeya (2)

Ya los romanos huían, cuando Rómulo, ofreciendo un templo á Júpiter Stator (4), renovó el combate, que las jóvenes sabinas detuvieron precipitándose entre sus padres y esposos. Con esto, ajustóse la paz, poniéndose el primer fundamento de la grandeza de Roma con la unión de ambos ejércitos. El Jano bicípite vino á ser el símbolo del nuevo pueblo (5).

(1) Roux, Herculano y Pompeya, tom. III, pág. 11.

(2) TVRPILIANVS III VIR, es decir, triunviro monetario. Tarpeya abrumada de escudos y levantando las manos al cielo. Medalla de plata de la familia Petronia.

(3) Es la única leyenda antigua que vive aún en el pueblo de Roma, – decía Niebuhr; – pero después de él se ha echado en olvido.

(4) Este templo, muy modesto al principio, fué reconstruído muchas veces.

(5) En recuerdo de esta paz las damas romanas celebraban en las calendas de marzo la fiesta de las *matronalias*. Por la mañana, subían engalanadas al templo de Juno, en el monte Esquilino, y depositaban á los pies de la diosa las flores con que se coronaban (Ov. Fast. III, 205) Por la tarde, para recordar las muestras de amoroso cariño que las sabinas recibieran de sus esposos, permanecían ricamente ataviadas en sus casas, esperando los obsequios de sus maridos y los presentes de sus deudos. Tibulo eligió este día, en que el uso permitía ofrecer agasajos y finezas á las damas, para enviar los libros á su cara Neæra (Tib. Carm. III, 1)

Al cabo de cinco años murió Tacio á manos de los laurentinos, á los cuales rehusó hacer justicia sobre un asesinato, y los sabinos consintieron en reconocer á Rómulo por único rey. Las victorias ganadas sobre los fidenates y los veyentes justificaron muy luego esta elección. Pero un día en que pasaba revista á sus tropas, cerca del pantano de la *Cabra*, una tempestad hubo de dispersar la asamblea, y cuando el pueblo volvió, el rey había desaparecido.

El senador Próculo juró que lo había visto subir al cielo en el carro de Marte entre rayos y relámpagos, y se le adoró con el nombre de *Quirino*. El Senado lo había inmolado á sus temores, ó los sabinos á su resentimiento.

II. – NUMA (715-673)

Los dos pueblos no pudieron entenderse para darle sucesor, y por espacio de un año gobernaron alternativamente los senadores como interreyes. Convínose, al fin, que los romanos hicieran la elección, con tal de que recayera en un sabino. Una voz nombró á Numa Pompilio y todos le proclamaron; pero él no aceptó la corona sino después de haber obtenido del cielo signos favorables.

«Conducido por el augur á la cima del monte Tarpeyo, sentóse en una piedra y se volvió hacia el Mediodía. El augur, con la cabeza cubierta y en la mano el *lituus*, báculo seguido ó sin nudos, tendió la vista sobre la ciudad y el campo deprecando á los dioses; después trazó un espacio en el cielo, de oriente á occidente, declaró recta la región del mediodía, tuerta la del norte, y determinó el punto extremo del horizonte adonde podía llegar su vista. Entonces tomó el báculo en la mano izquierda, puso la derecha sobre la cabeza de Numa, y dijo:—¡Oh, Júpiter! ¡oh, Padre! Si es bueno que Numa Pompilio, cuya cabeza toco, reine en Roma, muéstrame signos ciertos en el espacio que he determinado.—Anunció los auspicios que pedía, y cuando le fueron manifestados, Numa, declarado rey, bajó del templo (6).»

Retrato tradicional de Numa Pompilio (7)

Numa era el más justo y prudente de los hombres, discípulo de Pitágoras y favorito de los dioses. Inspirado por la ninfa Egeria, á quien iba á consultar de noche en la soledad del bosque de las Camenas ó de las Musas reguló las ceremonias religiosas; las funciones de los cuatro pontífices, guardadores del culto; de los flamines, ministros de los dioses mayores; de los augures, intérpretes de la voluntad divina; de los feciales, que prevenían las guerras injustas; de las vestales, que elegidas por el supremo sacerdote en las familias más ilustres, conservaban el fuego perpetuo, el Paladión y los dioses Penates; de los salios, en fin, que guardaban el escudo caído del cielo *(ancile)*, y celebraban la fiesta del dios de la guerra con cantos y danzas armadas. Prohibió los sacrificios sangrientos, la representación de los dioses en imágenes de palo, de piedra ó de

(6) *Templum* era el nombre que se daba á los espacios consagrados y por consiguiente á los edificios religiosos. He tomado estos detalles de Tito Livio (I, 18) que nos da un extracto del ritual y nos muestra un augur en función. Los arúspices eran simples adivinos, que examinaban las entrañas de las víctimas, no tenían ningún carácter religioso ni formaban colegio. Jamás tuvieron la autoridad y consideración que los augures.

(7) *Iconografía romana* de Visconti.

Cabezas de dioses Penates (1)

Sacerdote salio ó saltante (2)

Ancilia (Escudos) (3)

bronce, y honró particularmente á Saturno, el padre de la civilización italiana, el rey de la edad de oro, de los tiempos de virtud, de abundancia y de igualdad, cuya fiesta, día de loca alegría y libertad, aun para los esclavos, suspendía en la frontera las hostilidades y en la ciudad la ejecución de los culpables (4). Después, el templo de este dios fué como el santuario del Estado. En él se guardaba el tesoro público, como también los documentos oficiales y los estandartes de las legiones.

Para que todos vivieran en paz sobre su herencia, distribuyó al pueblo las tierras conquistadas por Rómulo, erigió en el Capitolio un templo á la Buena Fe, y consagró los límites de la propiedad *(Terminalia)*, ofreciendo á los dioses infernales á los que tocaran los mojones ó términos de los campos. Dividió la masa de los pobres en nueve corporaciones de oficios, y construyó el templo de Jano, cuyas puertas abiertas anunciaban la guerra, y cerradas la paz. Era menester que, durante los combates, pudiera el dios salir de su templo para proteger á los guerreros de Roma, y la paz hacía inútil su asistencia. En el reinado de Numa, las ciudades vecinas parecían respirar el aliento saludable de un aire dulce y puro que venía del lado de Roma, y el templo de Jano permaneció siempre cerrado.

Jano (5)

Fuera de estos trabajos pacíficos, la tradición no sabe nada del segundo rey de Roma y permanece muda acerca de este largo reinado de 43 años: él mismo había recomendado el culto del Silencio, la diosa *Tácita* (672).

A la muerte del rey, la diosa Diana transformó en fuente á la ninfa Egeria, y el manantial corre aún en el lugar que un tiempo fué el bosque sagrado de las Camenas.

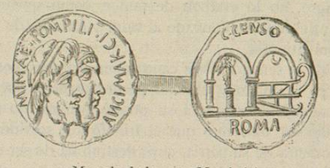
Cabe el sepulcro de Numa, abierto al pie del Janículo, se enterraron también sus libros, los cuales contenían todas las prescripciones que debían seguirse para que los ritos se cumplieran bien y tuvieran eficacia para ganar el favor de los dioses. Encontrados en una época en que la idolatría griega había sustituído á la religión antigua, fueron estos libros tenidos por peligrosos y quemados por orden del Senado (6).

III. – TULO HOSTILIO (673-640)

Al príncipe piadoso y pacífico sucedió el rey belicoso y sacrílego: á Numa Pompilio, Tulo Hostilio. A consecuencia del acuerdo tomado entre los dos pueblos para la elección de Numa, los sabinos lo eligieron entre los romanos, como éstos nombraron, después de Tulo, al sabino Anco. Rómulo era hijo de un dios, Numa esposo de una ninfa: con Tulo Hostilio comienza el reinado de los hombres.

Nieto de un latino de Medulia, cuyo abuelo había combatido bravamente al lado de Rómulo contra los sabinos, Tulo se compadecía de los pobres, y les repartió tierras, y hasta fué á vivir en medio de ellos al Celio, donde estableció á los vencidos albanos.

Escuchemos á Tito Livio referir la leyenda antigua, bien



Moneda de la *gens Marcia* (7)

que ninguna traducción pueda conservar la brillantez de narración tan bella. Alba, la madre de Roma, había venido á ser poco á poco extraña á su colonia, y mutuos pillajes trajeron al fin la guerra. Largo tiempo estuvieron ambos ejércitos en procinto, sin atreverse á empeñar la lucha sacrílega. «Como se encontraran en ambos pueblos tres hermanos gemelos, poco más ó menos de la misma edad y fuerza, los Horacios y los Curiacios, Tulo y el dictador de Alba los encargaron de combatir por la patria, y el imperio pertenecería á los victoriosos.

He aquí el convenio hecho. El fecial se dirigió á Tulo y le dijo: «Rey, ¿me ordenas ajustar un tratado con el *padre patrado* del pueblo albano?» Y á su respuesta afirmativa añadió: «Pídote, pues, la hierba sagrada. – Tómala pura,» replicó Tulo. Entonces el fecial trajo de la ciudadela la hierba pura, y dirigiéndose de nuevo á Tulo: «Rey, ¿me nombras intérprete de tu voluntad real y de la del pueblo romano, descendiente de Quirino? ¿Aceptas los vasos sagrados y los hombres que me acompañan? – Sí, – contestó el rey, – salvo mi derecho y el del pueblo romano.»

El fecial era M. Valerio, el cual creó *padre patrado* del pueblo albano á Sp. Fusio, tocándole la cabeza con la ver-

(1) *Dei Penates*. Bustos pegados de los dioses Penates. Moneda de plata de la familia Antia.

(2) AVGVST. DIVI F. LVDOS SAE. Sacerdote salio, saltador ó saltante. Moneda de plata de la familia Sanquinia, conmemorativa de los juegos seculares.

(3) *Ancilia*, especie de escudos. Reverso de un bronce de Antonino.

(4) Las Saturnales duraban legalmente un día en los antiguos tiempos, tres en los últimos siglos de la república, y cinco en tiempo del imperio; pero solían prolongarse hasta siete. Durante estas fiestas que por ciertas costumbres recuerdan nuestro antiguo carnaval, se suspendía la vida pública y se cerraban los tribunales. *Macr. Sat.* I *passim*.

(5) IANO PATRI. Jano, en pie, con una patera en una mano y un cetro en la otra. Aureo ó moneda de oro de Galiano.

(6) Refieren el hecho Dionisio, Tito Livio y Cicerón. En su lugar se verá lo que hay que creer sobre el supuesto hallazgo de los libros de Numa en 181 antes de J. C., lo cual no fué sino un piadoso fraude.

(7) Esta moneda de los Marcios, que tenían la pretensión de descender del cuarto rey de Roma, tenido él mismo por nieto de Numa, da la representación tradicional de estos príncipes. En el reverso hay, bajo el primer arco, una Victoria de pie sobre una columna; bajo el segundo una media luna y una proa de buque, otro recuerdo de la creación del puerto de Ostia por Anco, y de sus triunfos sobre los latinos. Vese en esto el uso de los romanos de recordar en sus monedas los acontecimientos de sus anales, y el interés que tienen estas medallas bajo el punto de vista de la historia y del arte.

bena. El padre patrado prestó juramento y sancionó el tratado pronunciando las fórmulas necesarias. Leídas las condiciones, repuso el fecial: «Escucha, Júpiter, escucha, padre patrado del pueblo albano: el pueblo romano no será nunca el primero que viole las condiciones inscritas en las tablillas que acaban de leerse, desde la primera hasta la última línea, sin astucia ni mentira. Desde ahora están bien entendidas por todos. Ahora bien, si sucediere que por una deliberación pública ó indignos subterfugios, el pueblo romano fuera el primero que las infringiese, entonces, gran Júpiter, hiérelo, como yo voy á herir á este puerco, y con tanto más rigor cuanto mayor es tu poder.»

Hecha la imprecación, le rompió la cabeza al puerco con un guijarro. Los albanos, por boca del dictador y de los sacerdotes, repitieron las mismas fórmulas y pronunciaron el mismo juramento.

Concluído el tratado, los tres hermanos gemelos de cada parte tomaron sus armas. Los gritos de sus conciudadanos los animaban; los dioses de la patria y la patria misma, al parecer, tienen los ojos fijos en ellos. Inflamados de bravura, embriagados por el ruido de tantas voces que les exhortan, avanzan entre los dos ejércitos, que si bien libres de peligro, no lo estaban de temor, como quiera que se trataba del imperio confiado al valor y fortuna de tan pocos combatientes.

«Dada la señal, los seis campeones se lanzan con las espadas en la mano y el valor de dos grandes pueblos en el corazón. Indiferentes á su propio peligro, no tienen á vista de sus ojos más que el triunfo ó la servidumbre, y este porvenir de su patria, cuyo destino ha de ser el que le den ellos mismos. Al primer choque, cuando se oyó el ruido de las armas, un profundo horror sobrecogió á los espectadores, y la más terrible ansiedad helaba la voz y suspendía el aliento. Entre tanto se mezclan los combatientes: los golpes no son ya inciertos, y son muchas las heridas y la sangre. De los tres gemelos romanos, dos caen muertos. El ejército albano estalla en gritos de alegría, y los romanos fijan desesperados los ojos en el último Horacio, acorralado ya por los tres Curiacios; pero los tres están heridos, mientras el romano permanece indemne.

»Demasiado débil contra sus enemigos reunidos, y temible para cada uno de ellos separados, el último Horacio emprende la fuga, persuadido de que cada uno le perseguiría según el grado de fuerza que le quedara. Cuando se hubo alejado un poco del lugar del combate, volvió la cabeza, y vió que sus adversarios le seguían, en efecto, á distancias desiguales; sólo uno le perseguía de cerca. Vuélvese entonces súbito, cae sobre él con ímpetu y coraje, y mientras los albanos llaman á los dos Curiacios en ayuda de su hermano, Horacio, ya vencedor de éste, corre á un segundo combate. Un grito de inesperada alegría sale del corazón del ejército romano; el guerrero se anima á la voz de su pueblo, precipita el encuentro, y sin dar tiempo al último Curiacio para llegar en ayuda del segundo, lo remata.

»No eran ya más que dos; pero no tenían ya la misma confianza ni la misma fuerza. El uno estaba incólume, orgulloso de su doble triunfo y seguro del tercero; el otro, abatido por la sangre que había perdido, por la fatiga del combate y de su carrera, y desalentado por la muerte de sus hermanos, apenas podía arrastrarse. Ni siquiera hubo lucha. El romano vencedor, henchido de alegría, exclamó entonces: Acabo de inmolar dos de estos hermanos á los manes de los míos; éste es para que Roma mande á los albanos que yo lo sacrifique.»

El Curiacio apenas podía sostener sus armas. Horacio le hundió su espada en la garganta, dió con él en tierra y lo despojó. Los romanos entonces rodearon al vencedor y lo glorificaron con júbilo, tanto mayor, cuanto más habían temido.

Cada uno de los dos pueblos se ocupó luego en enterrar sus muertos, pero con sentimientos muy diferentes: el uno conquistaba el imperio; el otro pasaba á la dominación extranjera. Todavía se ven los sepulcros de estos guerreros en el mismo punto en que cayera cada uno: los dos romanos juntos y más cerca de Alba; los tres albanos, del lado de Roma, á alguna distancia unos de otros, según habían combatido.

Entonces, en los términos del tratado, Mecio preguntó á Tulo qué mandaba. «Que tengas á la juventud albana sobre las armas, contestó el rey; yo la emplearé contra los veyentes, si les declaro la guerra.»

Los dos ejércitos se retiraron cada cual á su ciudad, y cargado Horacio con sus triples trofeos, iba á la cabeza de las legiones, cuando cerca de la puerta Capena encontró á su hermana, que estaba prometida á uno de los Curiacios. Reconoce la novia en hombros de su hermano la cota de armas de su amante, que ella misma había tejido, y prorrumpió en sollozos, y luego, pidiendo á su esposo, lo llamaba con voz ahogada por el llanto. Indignado de ver las lágrimas de su hermana, que así desdeñaba sus trofeos y el triunfo y la alegría de Roma, sacó su espada Horacio y traspasó con ella á su hermana, llenándola á la vez de imprecaciones.

«Ve, – le dice, – ve allá con tu loco amor á reunirte con tu prometido, ya que por él olvidas á tus hermanos muertos, al único que te queda y aun á tu patria. ¡Así perezca toda romana que se atreva á llorar la muerte de un enemigo!»

Esta inmolación causó en el Senado y en el pueblo la más profunda emoción, bien que la gloriosa hazaña del inmolador disminuyera el horror de su fiereza. Horacio fué conducido ante el rey para que hiciera justicia. Temiendo Tulo hacerse responsable de un juicio, cuyo rigor sublevaría á la multitud, reunió al pueblo y le dijo:

«Nombro, conforme á la ley, duunviros para que juzguen la causa de Horacio.

El rigor de la ley era espantoso. «Los duunvivos, decía, juzgarán el crimen: si se apelare del juicio, se pronunciará sobre la apelación; si se confirmase la sentencia, se cubrirá la cabeza del culpable, se le suspenderá del árbol fatal y se le golpeará con varas, en el recinto ó fuera del recinto de las murallas.» Los duunviros tuvieron muy luego sesión. «P. Horacio, dijo uno de ellos, declaro que has merecido la muerte. Lictor, átale las manos.» El lictor se le acercó, y ya le anudaba la cuerda, cuando por consejo de Tulo, clemente intérprete de la ley, exclamó Horacio: «Apelo de la sentencia.» Y se defirió la causa al pueblo.

Entonces se oyó al viejo Horacio decir que la muerte de su hija era justa; y que de otro modo, él mismo, en virtud de la autoridad paterna, hubiera sacrificado á su hija. Y suplicaba á los romanos, que lo habían visto la víspera padre de una familia tan florida, no lo privaran de todos sus hijos. Después abrazando á su hijo y mostrando al pueblo los despojos de los tres Curiacios suspendidos en el lugar llamado *Pilar de Horacio:*

«Romanos, dijo, el que poco ha veíais con admiración marchar entre vosotros, triunfante y glorioso con ilustres despojos, ¿será á vuestra vista amarrado á un poste infame y en él apaleado y muerto? Ni los mismos albanos podrían presenciar semejante espectáculo. Ea, lictor, ata esas manos que acaban de darnos la victoria y el imperio; cubre con un velo la cabeza del libertador de Roma; cuélgalo al árbol fatal, y hiérele dentro la ciudad, si quieres, con tal que sea ante estos trofeos y despojos, ó fuera de ella con tal que sea entre los sepulcros de los tres Curiacios. ¿A qué lugar podrás conducirlo que no se levanten los monumentos de su gloria contra el horror de su suplicio?»

»Vencidos los ciudadanos por las lágrimas del padre y por la intrepidez del hijo, pronunciaron la absolución del culpable; pero le fué concedida esta gracia más bien por la admiración que inspiraba su bravura, que por la bondad de su causa. Con todo eso, para que un crimen tan público no quedara sin expiación, se obligó al padre á rescatar á su hijo pagando una multa. Después de algunos sacrificios expiatorios, cuya tradición hubo de conservar la familia de los Horacios, puso el anciano en medio de la calle un poste, especie de yugo bajo el cual hizo pasar á su hijo con la cabeza velada. Este poste, conservado á perpetuidad por solicitud de la república, existe todavía hoy y se llama el *Poste de la Hermana* (1).»

Este combate, dos veces consagrado por el grande historiador de Roma y por el genio viril de Corneille, ¿es en efecto un hecho histórico? Lícita es la duda; pero en Roma lo creía todo el mundo, y por espacio de dos siglos subsistieron testimonios que parecían irrecusables: el Poste de la Hermana y la fosa *Cluilia* (2), los sepulcros de los Horacios y los sacrificios expiatorios renovados todos los años en su casa para aplacar á los manes de una víctima amada. Todo esto obliga á admitir á lo menos que bajo las galas de la narración épica, embellecida por la poesía popular y por el orgullo de la *gens Horatia*, se oculta algún hecho verdadero. La leyenda se engaña con frecuencia respecto de las hazañas que refiere, pero es casi siempre verídica acerca de las costumbres é instituciones que revela: para mostrar esta parte de verdad, hemos dado nosotros esta larga relación.

Alba estaba sometida, pero en una batalla con los fidenates que los veyentes sostenían, el dictador de los albanos Mecio Fufecio hubo de esperar aparte con sus tropas el éxito del combate. Tulo invocó á la *Palidez* y al *Terror* prometiéndoles un templo si introducían el espanto entre sus enemigos. Después, ya vencedor, dijo al pérfido: «Tu corazón se ha dividido entre mí y mis enemigos. Así se hará con tu cuerpo». Y lo ataron á dos carros que partieron en direcciones contrarias. Después fué destruida Alba, su pueblo trasladado á Roma y establecido en el Celio, admitidos en el Senado sus patricios, y sus ricos entre sus caballeros (4). Roma heredó viejas leyendas de Alba, su familia de los Julios, de que salió Cesar, y sus derechos como metrópoli de muchas ciudades latinas. Seis siglos después, los Hostilios, que pretendían descender del tercer rey de Roma, hacían representar en monedas las dos espantosas divinidades que su real ascendiente había invocado.

El Terror (3)

La Palidez (3)

Tulo combatió tambien con buen éxito á los sabinos y á los veyentes, á cuya ciudad puso cerco; pero descuidaba el servicio de los dioses, cuya cólera cernió sobre Roma una enfermedad contagiosa que hirió al rey mismo. Como Rómulo, Tulo Hostilio tuvo un fin trágico y misterioso. Creía haber encontrado en los libros de Numa un medio de expiación y el secreto de obligar á Júpiter Elicio á hacer revelaciones (5). Una falta cometida en estas terribles conjuraciones atrajo sobre sí el rayo y el fuego devoró su cuerpo y su palacio (640). «Aquel que hasta entonces, dice Tito Livio, había tenido por indigno de un rey ocuparse en las cosas sagradas, vino á ser víctima de todas las supersticiones y llenó la ciudad de prácticas religiosas.» Vieja historia siempre nueva. Otra narración más prosaica le hace morir á manos de Anco.

IV. – Anco Marcio – (640-616)

El reinado de Anco, que se supone nieto de Numa, no tiene el esplendor poético de Tulo: á ejemplo de su abuelo, fomentó la agricultura, restableció la religión descuidada, hizo escribir en tablas y poner en el Foro las leyes que regulaban sus ceremonias; pero no pudo como Numa, tener cerrado el templo de Jano y tuvo que dejar el servicio de los dioses para empuñar las armas. Acababan los latinos de romper la alianza que habían hecho con Tulo Hostilio. Cuatro de sus ciudades fueron tomadas, sus habitantes establecidos en el Aventino, y extendido hasta el mar el territorio de Roma. Anco encontró allí salinas, que aun existen, y bosques que han desaparecido. A las bocas del Tíber había un emplazamiento favorable para un puerto, y Anco fundó allí el de *Ostia* (puertas ó bocas) que está hoy á una legua de la mar. Construyó el primer puente sobre el Tíber *(pons Sublicius)* haciéndolo de madera á fin de poder cortarlo fácilmente si el enemigo intentaba servirse de él, y defendió sus aproches con una fortaleza construída en el Janículo. Para cubrir las habitaciones de los nuevos colonos en la margen izquierda del río, trazó el foso de los *Quirites*, y para prevenir los delitos, que crecieron naturalmente con el aumento de población, excavó en la toba del monte Capitolino la famosa prisión *Mamertina*, que puede verse aún, y adonde se subía por la escalera de las *Gemonias* ó de los Gemidos. Su reinado de 24 años, según Tito Livio, de 23 según Cicerón, terminó tranquilamente como el de Numa, y los romanos honraron siempre la memoria del príncipe prudente y justo en la paz, y valiente y victorioso en la guerra.

Retrato tradicional de Anco Marcio

V. – Tarquino el Antiguo (616-578)

Durante el reinado de Anco fué un extranjero á establecerse en Roma (6). Se le suponía hijo del Corintio Demarato, rico negociante de la familia de los *Baquiadas*, que huyendo de la tiranía de Cipselos, se había retirado á Tarquinia. En Etruria toda esperanza de poder estaba pro-

(1) Tito Livio, I, 24-26.

(2) La *fossa Cluilia* pasaba por ser el foso del campo donde se atrincheró el rey de Alba, Cluilio, en la guerra contra Tulo. Allí moriría, siendo sustituído por el dictador Mecio Fufecio.

(3) Reverso de monedas de plata de L. Hostilio Saserna.

(4) Tito Livio, I, 30: *Equitum decem turmas ex Albanis legit.* Cada turma constaba de 30 hombres.

(5) Los sacerdotes de Júpiter Elicio se atribuían el poder de hacer bajar al rayo (Plin. Hist. nat. II, 4, y XXVIII, 4). Guardaron tan bien el secreto, que fué preciso esperar á Franklin para encontrarlo.

(6) Schwegler (Rom. Gesch. I, 677) hace de los Tarquinos una antigua *gens* romana.

hibida al extranjero; pero Tanaquil (1) había leído en el porvenir la fortuna de su marido. El extranjero fué á Roma con sus riquezas y numerosos servidores, y los presagios de su futura grandeza se habían renovado en su camino. Los romanos no eran difíciles en materia de presagios; admitían sin examen todos los que les referían y Tito Livio repite gravemente los cuentos de vieja que la tradición le transmite. Es preciso repetirlas después que él, porque revelan el estado mental de aquel pueblo que sólo tuvo imaginación para estas cosas, y también porque nos enseñan cómo analizaban un signo los arúspices. «Cuando Tarquino se acercaba al Janículo, descendió lentamente de los aires un águila y le arrebató la cobija; después con grandes graznidos se cernió sobre el carro, abatió otra vez el vuelo y volvió á poner en la cabeza del viajero lo que le había quitado. En vista de esto, Tanaquil, muy instruída en el arte augural, abrazó con el mayor júbilo á su esposo y le dijo que considerara bien la especie del ave, la región del cielo de que había venido y el dios que la enviara. Otro signo manifiesto: el prodigio se ha obrado en la parte superior del cuerpo; la cobija que cubría la cabeza fué arrebatada sólo un instante volviendo á ceñirla luego al punto. Los dioses, pues, le anunciaban la más alta fortuna.»

Tarquino aceptó el augurio, pero se ayudó á sí mismo. En Roma se granjeó con su prudencia la confianza de Anco, el cual le dejó la tutela de sus hijos; y con su valor por una parte y por otra su afabilidad con los pequeños, se granjeó también el afecto del pueblo, que lo proclamó rey en detrimento de los hijos del viejo príncipe.

El nuevo rey embelleció á Roma, aumentó su territorio y acometió la empresa de ceñir la ciudad con una muralla, que Servio acabó. El Foro, desecado y circuído de pórticos, sirvió para las reuniones y solaz del pueblo, se comenzó el Capitolio y se allanó el Circo para los espectáculos y los Grandes Juegos importados de Etruria. Pero los más considerables de estos trabajos fueron las cloacas ó albañales subterráneos, que sostienen todavía parte de Roma, después de veinticuatro siglos, á pesar de los terremotos, á pesar de la gravitación de los edificios cien veces reedificados sobre su bóveda. Para tales obras, que no tienen la grandiosa inutilidad de las construcciones egipcias, fué sin duda preciso someter al pueblo á grandes y onerosos servicios, y el tesoro á enormes gastos. Pero Tarquino hubo de subvenir á tan costoso empeño con el botín cogido á los sabinos y á los latinos en guerras afortunadas que le valieron las tierras comprendidas entre el Tíber, el Anio y la Sabina de las montañas: era el territorio de Colacia. Al referir Tito Livio esta conquista, ha conservado la fórmula que servía á todas las capitulaciones de ciudad impuestas por los romanos.

«Dirigiéndose Tarquino á los diputados, les preguntó: ¿Sois los diputados enviados por el pueblo colatino para poneros vosotros con el pueblo de Colacia bajo mi poder? – Sí. – ¿Es libre el pueblo colatino para disponer de sus destinos? – Sí. – ¿Os sometéis á mí y al pueblo romano, vosotros y el pueblo colatino, la ciudad, el campo, las aguas, las fronteras, los templos, las propiedades muebles, y en fin, todas las cosas divinas y humanas? – Sí. – Bien, acepto en mi nombre y en el del pueblo romano.»

No habla Tito Livio de guerras sostenidas por Tarquino contra los etruscos, pero su contemporáneo Dionisio de Halicarnaso sabe mucho sobre este asunto, porque en su *Arqueología romana*, este retórico que quiso hacerse historiador, presta crédulo oído á todas las fábulas que la tradición le cuenta; y la tradición quería que este rey etrusco hubiera batido á sus antiguos compatriotas para justificar su realeza romana. Según Dionisio, vencidos los etruscos hubieron de enviar á Tarquino en señal de sumisión las doce fasces, la corona, el cetro terminado en el águila real, la silla curul y el manto de púrpura. Semejante victoria es más que dudosa, y esta donación, si fué efectiva, no indica la sumisión de los que la hubieran hecho. Roma no dará otra cosa á los reyes aliados, cuyos auxilios ó magníficos presentes recompensará así á poca costa.

Tarquino fué el primero que celebró un triunfo con una pompa desconocida hasta entonces, el manto sembrado de flores de oro y el carro tirado por cuatro caballos blancos. De su reinado data la introducción en Roma de los trajes etruscos; la túnica real, el manto de guerra, la pretexta, la túnica palmeada, los doce lictores, la silla curul, asiento de marfil, cuya materia pedían los etruscos al África y al Asia.

Quiso también Tarquino cambiar la constitución; pero á pesar de su popularidad, no logró modificar el orden de las tribus: los patricios se negaron á ello haciendo hablar á la religión por boca del augur Ato Navio, que sostuvo su oposición con un milagro. Augur, le dijo el rey, queriendo confundir su vana ciencia, ¿es posible lo que tengo en el pensamiento? – Sí, contestó Navio, después de observar el cielo. – Corta pues este guijarro con una navaja de afeitar. – El augur lo tomó y lo cortó. Para recordar perpetuamente al pueblo este hecho prodigioso, al lado de un altar, en que se depositaron la piedra y la navaja, se levantó una estatua á Navio, con la cabeza velada, como en el momento en que el augur esperaba las revelaciones de los dioses. Desde entonces ningún romano se atrevió á poner en duda la ciencia augural.

¿Había querido Tarquino chasquear al sacerdote, que se oponía á sus designios, ó fué el augur cómplice del rey? Hay en el mundo menos impostura y más necedad de lo que se piensa. La credulidad popular había admitido una leyenda que hubo de formarse poco á poco sobre el guijarro cortado con la navaja; el colegio de los augures la tuvo naturalmente por cierta y la consagró con un monumento.

Reinaba Tarquino treinta ó cuarenta años hacía con honrosa fama en paz y en guerra, cuando un día dos pastores apostados por un hijo de Anco, se pusieron á reñir á las inmediaciones de la mansión real. Llevados á presencia del rey, uno de ellos aprovechó el momento en que el príncipe escuchaba al otro, y le abrió de un hachazo la cabeza. Luego al punto hizo Tanaquil cerrar las puertas del palacio y declaró al pueblo que el rey, herido solamente, encargaba á su yerno Servio que gobernara en su nombre.

Durante muchos días pudo la astuta mujer ocultar la muerte de Tarquino, y cuando se vino á saber, siguió Servio gobernando como tal rey, sin haber sido aceptado por la asamblea de las curias, pero con el beneplácito del Senado (578).

VI. – Servio Tulio (578 – 534)

Su origen estaba rodeado de misterios: unos lo suponían hijo de una esclava (2), ó del príncipe de Cornículo, muerto en una guerra contra los romanos; otros contaban que un genio habíase aparecido en la llama del hogar á Ocrisia,

(1) Otros le dan por mujer á Gaia Cecilia, la maga bienhechora á quien los novios honraban, (Plinio, Hist. nat. VIII, 74).

(2) Sin contar las Saturnales, se concedía á los esclavos un día de libertad en los idus de agosto, en memoria del nacimiento servil de Servio Tulio (Plut. *Quest. Rom.* 100; Fest. s. v. *Servorum*). Esta fiesta prueba que es preciso interrogar con prudencia las costumbres que, nacidas de una leyenda, parecerían darle el carácter de un hecho histórico.

sirvienta de la reina Tanaquil, y que en el mismo instante había concebido. Después de su nacimiento, continuaron los dioses siéndole propicio y creció en el palacio real en medio de los prodigios y de los signos manifiestos de su futura grandeza. Más adelante se verá lo que la historia y la arqueología hacen de esas tradiciones que ocultaban un destino muy diferente.

Una vez sentado en el trono, hizo Servio muchos cambios en la ciudad y en sus leyes. Dió á Roma la extensión que tuvo en tiempo de la república, añadiendo á la ciudad el Viminal, el Esquilino y el Quirinal por medio de una muralla y una poderosa calzada de tierra *(agger)* á que precedía un foso de 100 pies de anchura por 30 de profundidad (1). Roma tuvo entonces la extensión de Atenas, ó sea un perímetro de dos leguas y media. Dividióla en cuatro cuarteles ó tribus urbanas, Palatina, Suburana, Colina y Esquilina, teniendo cada cuartel su tribuno que formaba las listas para las contribuciones y el servicio militar. Al nacimiento de cada varón debía depositarse una moneda de plata en el cepillo de Juno Lucina, protectora de las parturientas. Dividióse el territorio en veintiseis cantones llamados también tribus, y todo el pueblo, patricios y plebeyos, segun el censo ó sea según sus haberes, en cinco clases y ciento noventa y tres centurias, formando la última los proletarios. Estos fueron excluídos del servicio militar, pues Servio no quería confiar armas á ciudadanos que no poseyendo nada, no podían tener interés en la cosa pública ni dar al Estado garantías de fidelidad.

Fragmento del muro de Servio Tulio

En sus relaciones exteriores, ajustó con las treinta ciudades latinas un tratado, cuyo texto pretende haber visto Dionisio conservado en el templo de Diana en el Aventino. Para estrechar mejor los lazos de esta alianza, se había edificado á expensas comunes este templo, donde se vió la primera estatua erigida en Roma. Algunos pueblos sabinos vinieron tambien á él á sacrificar.

Estas ligas que tenían por centro el santuario de una divinidad eran un uso común entre los pueblos italiotas y recuerdan las anficcionías de la Grecia. Es menester conservar su recuerdo, porque encontraremos estas federaciones religiosas en tiempo del imperio y tendremos el derecho de argüir á los emperadores por no haber sabido utilizar en interés de las libertades provinciales una institución que habría podido salvar las provincias y aún á ellos mismos.

Juno Lucina (2)

Pero volvamos á la leyenda. Tito Livio refiere cómo la astucia de uno de los sacerdotes romanos afectos al templo de Diana, dió á Roma la hegemonía sobre el Lacio. «Había nacido en casa de un montañés de la Sabina una ternera de belleza extraordinaria y los adivinos anunciaron que quien la inmolara á la Diana del Aventino, aseguraría

(1) Poco menos de 30 metros en un sentido y 10 en otro. Este recinto no era continuo, pues no existía por la parte del Tíber, que pareció suficiente defensa desde que la fortaleza del Janículo protegió sus aproches, ni tampoco por algunos puntos escarpados é inaccesibles del Capitolio. Entre las puertas Colina y Esquilina hay restos considerables del poderoso *agger* de Servio, que Tarquino el Soberbio amplió. En el corte que presenta la figura está marcado un muro, actualmente visible, de 7 m. 77 de altura. Construído con piedras regulares, tiene este muro por cimientos bloques de 3 m. 63 por término medio. Para resistir mejor el empuje del terraplén intermedio, está fortalecido el muro por contrafuertes de 2,45 met. cuadrados, á intervalos de 5 metros 59. El foso seguía el muro. En tiempo de Augusto convirtió Mecenas el *agger* en un paseo. (*Dict. des Ant.*, pág. 140.)

(2) Jvnoni Lvcinæ S. C. Juno, sentada, tiene en una mano la flor que precede al fruto y en la otra un niño enfajado. Reverso de un gran bronce de Lucila, mujer del emperador Lucio Vero.